

## LA ESCOBA EN LA BIBLIA Y EN LA LITURGIA SEGÚN LA TRADICIÓN LATINA<sup>52</sup>

“*Scopis mundatam*” (Mt 12,44; Lc 11,25)

Se requeriría una larga disertación para ilustrar, como el tema lo merece, el papel que la escoba ha desempeñado en las civilizaciones que se escalonan desde lo que llamamos el Extremo Oriente hasta Europa (y sus prolongaciones en América del Norte y del Sur) y en otras partes del mundo. En este trabajo se considerará -y no de manera exhaustiva- sólo un capítulo muy limitado de esa larga y vasta historia que es la tradición cristiana, y únicamente en cuanto a las relaciones entre la Biblia y la liturgia en la literatura antigua y medieval.

El nombre latino más frecuente de la escoba es *scopa* -a veces empleado en plural- y el verbo que designaba más frecuentemente la acción de barrer era *everrere*; ambos han tenido sus derivados. El instrumento en cuestión se fabricaba con juncos, tallos o varas de distintas clases de árboles, atados entre sí, y servía para la limpieza y también para azotar. Esos son los dos significados que se le dan en la tradición cristiana a comienzos de la edad patristica y luego en la Edad Media.

### *I. La Biblia y los Padres*

No se pueden tratar separadamente la Biblia y los Padres, porque éstos no solamente han comentado las Sagradas Escrituras, sino que, al citarlas, nos han dado interesantes versiones de sus textos, como se comprueba, por ejemplo, respecto de textos que tratan de la escoba. Antes de examinar el uso que los Padres han hecho de estos textos -y muchas veces con ocasión de la liturgia- haremos una lista de los versículos donde aparece esta palabra. Una concordancia completa de la Vulgata nos proporciona tres empleos de *scopa* y dos de *scopare*. Pero los Padres latinos han citado a veces la Escritura según otras versiones que dependían especialmente del griego.

### *Los textos*

A propósito de la escoba se pueden distinguir, según la importancia que la tradición les ha atribuido, dos grupos de citas bíblicas. El primero comprende versículos que parecen haber sido utilizados o comentados con menos frecuencia o con menos insistencia. Entre éstos está en primer lugar el Sal 76,7: *Y medité de noche en mi corazón, y me ejercitaba, y escobaba mi espíritu*. En lo referente al último verbo -abstracción hecha de variantes ortográficas (*scobebam, scrobabam*), o derivadas y netamente erróneas (*excolebam, excondebam, abscondabam*)- se encuentran en los manuscritos y las citas patristicas las palabras equivalentes: *scrutabar scrutabam, perscrutabar, exercitabam, exercebar, cogitabam, garriebam, contribulabam ventilabam* (seguido de me o de mente). Esas palabras concretas son mucho más expresivas que la fórmula “mi espíritu se interrogaba” que se lee en algunas traducciones recientes. Jerónimo cita la frase añadiéndole una glosa que subraya todo su vigor: *Et scopebam spiritum meum, hoc est fodiebam quasi agrum*.

---

<sup>52</sup> Agradecemos al autor el envío de este estudio para su publicación y nos excusamos por haber omitido algunas notas. Tradujo: Hna. Ma. Rosa de Nevares, osb. Abadía de Santa Escolástica.

En *Is* 14,23, se lee en un oráculo contra Babilonia y *la barreré gastándola con la escoba*, que la Biblia de Jerusalén traduce: *Barreré con una escoba destructora*. S. Jerónimo señala en su comentario que se trata aquí de un escobazo enérgico y bien dado - "y la barreré no suavemente ni al azar"- y asocia esta imagen a la idea de purificación "con fuerza, de modo que no le quede suciedad alguna". E insiste sobre este punto: "Por lo cual el misericordiosísimo Señor la escobó con vehemencia y como con una escoba la limpió hasta dejarla pura". Pero hay en los Evangelios, con respecto a la escoba, dos textos de máxima importancia. Uno se encuentra en la parábola del espíritu impuro que vuelve a la casa y la encuentra barrida: tratan de ella dos textos paralelos de Mateo y Lucas. El primero, *Mt* 12,44, se lee en la Vulgata así; *Et veniens invenit eam vacantem, scopis mundatam et ornatam*. En *Lc* 11,25 se lee: *Et cum venerit, invenit eam scopis mundatam et ornatam*. De ahora en adelante, en la tradición, la imagen de la escoba estará asociada a la idea de purificación y a la del *ornatus*, ya que la pureza era condición de la belleza.

En otro versículo, *Lc* 15,8, se vuelve a encontrar la idea del barrido, con un significado próximo al que evocan los textos de Mateo y Lucas que acabamos de citar. Se trata esta vez de la mujer que ha perdido una dracma: *¿acaso no enciende una luz, barre la casa y busca con diligencia hasta encontrarla?* Aquí de nuevo, algunas versiones antiguas ponen equivalentes de la palabra *everrit* que precisan su significado: ya *mundat* o *emundat*, ya *scopis commundat*, *scopis mundavit*, *scopis mundat*, *scopis mundabit*. También aquí domina la idea de purificación, sugerida por los textos mismos.

#### *Empleo de estos textos por los Padres*

Bastaría ahora con remitir a todos los comentarios que todos los Padres latinos hacen a todos los textos indicados más arriba para reunir una buena cosecha de referencias y citas. Contentémonos aquí con mostrar cómo los dos pasajes evangélicos han sido una ocasión para introducir una idea destinada a expresarse en la liturgia: la de la penitencia. Consideremos primero a la mujer que barre su casa, de la que hablan *Mt* 12,44 y *Lc* 11,25. Ya desde fines del s. II o comienzos del s. III, Tertuliano, en su *De Poenitentia*, hace alusión a ese texto al hablar de la necesidad de purificar los espíritus de todo antiguo error y de toda ignorancia, a fin de preparar un lugar para el Espíritu Santo y sus dones<sup>53</sup>. La idea atraviesa todo el período patrístico antiguo, al fin del cual se la encontrará en sermones y comentarios bíblicos, a veces con nuevas perspectivas; las ramitas con las que se fabrica la escoba, las *scopae*, se convierten en el símbolo de "las palabras de la fe y de la verdad", que "purifican al catecúmeno"; se puntualizará que las palabras de la fe "purifican de la ignorancia pero no de los pecados", y que el ornato de la morada interior viene de la observancia de los preceptos. En el s. VI, san Gregorio de Tours cuenta cómo un pobre a quien un confesor del s. III, san Ludre, había pedido en sueños que barriera el cuarto donde había pasado su infancia, fue recompensado por la aparición de una moneda que el pobre se apresuró a recoger<sup>54</sup>.

La imagen de la mujer que en *Lc* 15,8, barre su casa para encontrar la dracma perdida, fue utilizada en el mismo sentido. Aquí también Tertuliano es el testigo más antiguo. Hace notar que la parábola evangélica no menciona únicamente el barrido, sino la luz que hubo que encender<sup>55</sup>: ésta no es menos necesaria que la penitencia. Un poco más tarde, Orígenes, en textos que Rufino habría de introducir en la tradición latina, dice que es la sabiduría de Dios que se lanza en busca de las naciones<sup>56</sup> e insiste en el carácter interior del esfuerzo necesario, simbolizado por el barrido: "No es afuera sino en su casa donde la mujer que había perdido su dracma la volvió a encontrar: 'había encendido su lámpara, había barrido su casa', había sacado las basuras e inmundicias que se habían acumulado allí por una larga y perezosa negligencia; y

<sup>53</sup> *De paen.* II,6. CCL I, pp. 322-323; *ibid.* II, p. 1627.

<sup>54</sup> *Liber in gloria confessorum*, 90, MGH, *Script. rer. Merov.* I, p. 806.

<sup>55</sup> *De pudicitia*, IX,2, CCL 2, p. 1296.

<sup>56</sup> *In Ep. ad Rom.*, 8, PG 14,1174 C.

allí encontró su dracma. En cuanto a vosotros, si encendéis vuestra lámpara, si vosotros os servís de la luz del Espíritu Santo, ‘si veis la luz en su luz’, encontraréis la dracma dentro de vosotros mismos. Porque dentro de vosotros se halla la imagen del rey celestial”<sup>57</sup>.

Hacia fines de la edad patristica antigua, un predicador anónimo desarrollará la misma idea, precisando además que la dracma lleva grabada la imagen del emperador; así, lleva el alma la imagen de Dios, pero ésta ha sido oscurecida por los vicios y por eso hay que liberarla de ellos por una penitencia eficaz. Así como barremos la casa para que resulte agradable a nuestros amigos, purifiquemos nuestras almas para que agraden a los ángeles, y que el Señor de los ángeles se digne venir a ella<sup>58</sup>.

Pronto y de manera continua, el simbolismo de la escoba -que se originó en los Evangelios- fue utilizado en un contexto de penitencia, de purificación de toda la Iglesia y de cada uno de sus miembros. En un texto cuyas traducciones latinas son muy antiguas, Hermas escribe del Pastor: “Llenó pues los huecos de las piedras retiradas de la construcción, y mandó barrer los alrededores de la torre para que quedara todo limpio. Y las vírgenes tomando sendas escobas, se pusieron a barrer y a quitar toda la suciedad de la torre y la rociaron con agua y todo el paraje de la torre quedó ameno y hermosísimo”<sup>59</sup>. Y en el s. V, san Euquerio de Lyon, a propósito del término *scopae*, reúne en una misma “fórmula” la idea de la superstición y de la vanagloria con la de la purificación. En la misma época, ese esfuerzo de ascesis se concretará en una actividad material: la de barrer. San Cesáreo de Arles reprocha a los penitentes por no entregarse a los trabajos que les incumben, sobre todo al de barrer las iglesias. Venancio Fortunato alaba a sta. Radegunda porque, por espíritu de mortificación, barría no solamente los patios del monasterio sino también los rincones donde habitualmente se junta la basura<sup>60</sup>. Aplicación realista de un simbolismo cuya literatura profana ofrece también sus ejemplos: Amiano Marcellino evoca una floración de las ramas de una escoba, en una frase que traducida perdería su sabor: *scopae florere sunt visae, quibus... curia mundabatur*.

## II. La Edad Media

La Edad Media transmite, con respecto a la escoba, las ideas que ha recibido de la antigüedad: la definición y la descripción del instrumento y de los elementos que lo constituyen se parecen a los de antes: el ámbito material y espiritual, en el cual los términos *scopa* y *scopae* son utilizados sigue siendo el mismo. Su aplicación principal al sentido de purificación, es también constante; pero se enriquece con nuevos matices que ilustraremos por medio de ejemplos.

### *Símbolo de pureza*

Un breve poema de fines del s. VIII o de comienzos del s. IX bastará para darnos una idea de la escoba como símbolo de pulcritud; se titula *De scopa*. Habla la escoba:

Florigeras gero comas, dum maneo silvis,  
Et honesto vivo modo, dum habito campis.  
Turpius me nulla domi vernacula servit  
Et redacta vili solo depono capillos:  
Cuncti per horrendam me terrae pulverem iactant,  
Sed amoena domus sine me nulla videtur<sup>61</sup>.

<sup>57</sup> *In Gen.* 13,4, SC 7, 1944, p. 223.

<sup>58</sup> *Ps.- Agustin Sermo* 259,2, PL 39,2224. Este simbolismo está largamente desarrollado, y aplicado al barrido no sólo de las casas sino también de los establos.

<sup>59</sup> *Sim.* IX,10, SC 53, 1958, p. 313.

<sup>60</sup> *De vita S. Radegundis*, 1,23, MGH, *Script. rer. Merov.* II, p. 372.

<sup>61</sup> *Rhythmi aevi Merovingi et Carolini*, 18, MGH, *Poet.*, IV,2, p. 743.

Por la misma época, un autor anónimo de alegorías, en un poema en que se habla de la “cámara” del Señor -es decir, del cristiano- (*De camara Christi*), aplica ese simbolismo a la pureza: “La cuarta es la santa pureza, que barre la cámara”<sup>62</sup>.

*Desde comienzos del s. IX, Teodulfo de Orléans aplica la imagen de la escoba a la extirpación del orgullo:*

Pellitir extemplo tuus, o Iactantia, morbus,  
Nonque animum illectum gloria vana linit.  
Mórbida seuve abicit metus et contagia pestis,  
Sic sordos aedi aspera scopa abigit<sup>63</sup>.

Luego se verá en la expresión *scopare spiritum*, que se encuentra en el salmo 76,7, la expresión de la humildad o de aquella ascesis que es la condición de la contemplación en la vida solitaria.

En el s. XII, el simbolismo del barrido asumirá nuevos significados: para algunos evocará la purificación instantánea de todo pensamiento puramente humano, oculto en lo más recóndito del alma, que se produce en el mártir en el momento de la muerte. Pedro de Celle la asociará a la idea de esa luz interior que ilumina a todo hombre mostrándole la impureza de su corazón<sup>64</sup>. Pedro de Blois verá una invitación a liberarse de las propias preocupaciones y pensamientos que son un obstáculo para el estudio<sup>65</sup>. Sobre todo san Bernardo, en ese punto como en tantos otros, utilizará el tema con tanta imaginación como profundidad. En su *De gratia et libero arbitrio*, se inspira en una idea patrística, que él amplía a su manera muy original. Compara la Sabiduría encarnada con esa mujer que busca la dracma perdida, es decir, la imagen de Dios, oscurecida por los vicios, y que sólo puede ser encontrada a la luz de Dios. Se reconoce aquí un pensamiento que Orígenes había esbozado<sup>66</sup> y en el que ya se había inspirado otro autor<sup>67</sup>; en este lugar se encuentra admirablemente orquestado en el contexto de la *regio dissimilitudinis*: Dios mismo, en cierto modo, se ha puesto a buscar su propia imagen y se hace hombre para restaurarla y devolverle su esplendor<sup>68</sup>. Esto no se realizará sin el esfuerzo del cristiano.

---

Froncosa cabellera tengo  
mientras estoy en los bosques,  
y vivo con pulcritud  
mientras habito en los campos.  
Ningún útil más sucio que yo  
presta servicio en la casa,  
y reducida a limpiar el vil suelo  
pierdo mis cabellos:  
Todos, al verme tan fea y sucia,  
me arrojan por tierra,  
y no obstante, sin mí, casa alguna  
puede ser pulcra y amena.

<sup>62</sup> *Anonymus, De allegoriis* (Ms. Saint-Gall, 230 p. 536).

<sup>63</sup> *Carmina*, I,238, MGH, *Poet.*, I. p. 450.

Es expulsada del templo  
tu enfermedad, ¡oh Jactancia!  
Tampoco la vanagloria invade el alma,  
porque rechaza el malsano contagio  
de la enfermedad  
como barre la áspera escoba  
la suciedad de las casas.

<sup>64</sup> *Epist.* I,25, PL 202,427, en una carta a Pedro el Venerable donde le habla de la luz que ha recibido de una conversación que tuvo con él.

<sup>65</sup> *Epist.* 9, PL 207,26 D.

<sup>66</sup> Véase nota 4

<sup>67</sup> Véase nota 6

<sup>68</sup> *De gr. et lib. arb.*, 32, ed. *S Bernardi opera*, III, Roma 1963, p. 188: todo este 32 desarrolla con amplitud este tema. Bernardo emplea aquí en vez de *everrit* el término *evertit*, conforme a una tradición ampliamente atestiguada en los manuscritos de la Edad Media.

Bernardo lo dice, seguramente con una sonrisa, en un sermón de la Asunción en el que comenta la visita de Jesús a Marta y María: una representa el servicio, *ministerium*: la otra, la contemplación. Pero había también en su casa un tercer personaje: su hermano Lázaro. ¿Qué puede representar éste sino la limpieza, la *mundificatio*? y habla de su escoba, *scopa Lazari*<sup>69</sup>. Aquel que estuvo cuatro días en el sepulcro y que salió de él es figura del penitente<sup>70</sup>, es figura de quien llora sus pecados<sup>71</sup>. Si Lázaro está presente, todo está pronto para la llegada del Señor: “Entre, pues, el Salvador y visite frecuentemente esta casa que limpia Lázaro penitente, adorna Marta, y colma María, dedicada a la interior contemplación”<sup>72</sup>.

### *Instrumento de penitencia*

El mismo atado de varas que sirve para barrer puede ser utilizado también para azotar: el *scopamentum* es entonces la flagelación. Esta puede ser impuesta como castigo o practicada espontáneamente en espíritu de mortificación. Se encuentran, con esos dos sentidos, las expresiones *scopa o scopae*, que equivalen entonces a la “disciplina”: S. Pedro Damiano hasta llega a asociar a ambas cuando habla de la *scoparum disciplina*, expresión que se refiere a los azotes que se aplican recíprocamente unos a otros, la *vicaria disciplina scoparum*. Prolongando una tradición que se remontaba hasta los Padres del desierto, elaboró una doctrina en torno a ese ejercicio que consistía en imitar las flagelaciones recibidas por el Señor, los Apóstoles y tantos mártires. Pero supo señalar los límites de esa práctica, y a los que tendían a abusar de ella daba este buen consejo, inspirado en el salmo 76: *Spiritum potius scopite* (azotad mas bien el espíritu)<sup>73</sup>.

De acuerdo al costumbrero monástico de Guillermo de Hirsau, sólo se imponía esa pena por “faltas graves”. Se podía invitar al culpable a infligírsela a sí mismo. La imagen podía, por otra parte, ser tomada en un sentido muy amplio, a propósito de todos los “juicios y castigos”, es decir, “los flagelos y calamidades” por medio de los cuales a veces Dios atrae nuevamente hacia sí a los que se revuelcan en el pecado<sup>74</sup>. Pero en la *Vida* de Santa Walburga, de comienzos del s. XIII, se trata ciertamente de un sufrimiento corporal sobre cuya intensidad se dan detalles: porque la *scopa* que se aplicaban “cada día, estaba hecha con ramas de rosales, cuyas espinas, aún jóvenes, eran punzantes”.

Se comprende entonces que se haya podido llegar a utilizar las *scopae* como instrumento de tortura destinado a arrancar una confesión: en el s. XI, Dudón de S. Quintín lo dice a propósito de un ladrón, y Pedro Damiano a propósito de un “feliz pecador que confesó su crimen gracias a no sé cuántos azotes, tantos como jamás había recibido antes”<sup>75</sup>. De estas violencias, que al parecer fueron bienhechoras, retengamos sólo una idea: la del castigo, que un poeta del s. XIII evocaba en este verso:

*Aura serena bonis, scopa severa malis.*

### *Barrido y oración*

Estamos ahora en condiciones de comprender por qué, en el transcurso de toda la Edad Media, el barrido pudo ser considerado como un servicio eclesial: daba al penitente la ocasión de mortificarse, mientras realizaba un trabajo útil. He aquí solo algunos ejemplos. En la *Visión de*

<sup>69</sup> *In Assumpt.*, 2,8, ed. S. Bernardi opera, II, Roma 1968, p. 237,6.

<sup>70</sup> *Ibid.*, 7, p. 236, 23.

<sup>71</sup> *Sup. Cant.*, 57,10-11, ed. S. Bernardi opera, II, Roma 1958, pp. 125-126.

<sup>72</sup> *In Assumpt.*, 2,7, p. 236, 23-25.

<sup>73</sup> *Epist.* 6,34, PL 144,434 A.

<sup>74</sup> S. Hildegardis, *Liber vitae meritorum*, III,24, ed. J. B. Pitra, *Analecta sacra* VIII, Monte Casino 1882, p. 116.

<sup>75</sup> S. Pedro Damiano, *Vita Romualdi* 38, ed. G. Tabacco, Roma 1957, p. 78.

*San Baroncio*, del s. VII, se cuenta que este santo ayudó a un monje a retornar a su monasterio, donde se encontraba el sepulcro del santo, respondiendo a la promesa de que dicho monje barrería el sepulcro todos los domingos al canto del *Miserere*<sup>76</sup>. Notemos cómo se asocian aquí barrido y oración. En 780 ó 781, un tal Hilduino deja a una iglesia en su testamento como donación, el pan que se le dará al que barra dicha iglesia cada sábado<sup>77</sup>. Años más tarde, la tarea del barrido todavía aparece en documentos como un servicio que se presta a la Iglesia, ya que asegurar la limpieza de los edificios sagrados es un acto de culto. El que ayuda al sacristán en ese servicio es llamado *scoparius*, *scopatus*, *scoparius*, *scoparius* o *scopator*. La curia romana reconocerá “barrenderos secretos” y “barrenderos comunes”<sup>78</sup>.

Vemos, pues, que la imagen y el nombre de la escoba, que los Evangelios depositan como semilla en la tradición, no han dejado de estimular la reflexión y la práctica de los cristianos. Hacia el fin del período medieval, Alano de Lila, en aquellas *Distinctiones* en las que da la definición de un cierto número de términos del vocabulario teológico, consagra un párrafo bastante largo a la *scopa*, ese “instrumento que sirve para limpiar un lugar”. Da dos interpretaciones a la escoba. En primer lugar estaría la observancia de las ceremonias prescritas por el Antiguo Testamento: el espíritu impuro había sido arrojado de la Sinagoga por el agua del Jordán; luego, la Sinagoga recibió la Ley pero volvió a la idolatría y finalmente rechazó a Cristo. Cuando el espíritu volvió, la encontró “barrida” con escoba, es decir, por la observancia de las ceremonias que, como la escoba, limpian el exterior pero no el interior. Pero también puede la escoba representar la penitencia, que purifica el alma. Por eso David podía decir: “Yo barría mi espíritu”, es decir, “Purificaba mi alma por la penitencia”<sup>79</sup>.

De hecho, la *scopa* es asociada a la confesión, al exorcismo, al hábito de los penitentes, a la procesión de los flagelantes: el vocablo evangélico había encontrado su lugar en la liturgia. En cuanto a aquel barrido interior del que habla el salmo 76, iba a la par con la meditación y el deseo escatológico.

\* \* \*

Hay otra vía por la que la escoba ha entrado en la liturgia: la iconografía. En salterios, evangeliarios, misales se pintaba la escoba en el margen o en las iniciales de pasajes bíblicos donde se la mencionaba. Pero ese capítulo de la historia del arte cristiano debería ser objeto de un estudio especial. Baste llamar la atención sobre ello.

La tradición que acaba de ser evocada con referencia al cristianismo antiguo y medieval, tiene analogías con la de otras religiones y, en la nuestra, con algunos representantes del período moderno. No nos detendremos en ello aquí. Pero séanos permitido indicar solamente algunos ejemplos.

En el budismo Zen, un ejercicio, llamado en japonés *samu*, consiste en meditar barriendo<sup>80</sup>.

Ya hemos citado un poema de la época merovingia que hacía hablar a la escoba. En nuestro siglo, el gran poeta italiano Pascoli ha vuelto a tocar el tema, sin saber probablemente que había sido tratado antes. Lo desarrolla ampliamente, en las dieciocho *stanze* de su *Canzone della*

---

<sup>76</sup> *Visio Baronti*, 14, MGH, *Script. rer. Merov.* 5, p. 389.

<sup>77</sup> En el s. XII, el autor anónimo de la Vida de san Esteban de Obazina verá una prueba de las virtudes de aquellas mujeres que el santo había convertido, en el hecho de que se entregaban al barrido de las casas. Cf. *Vie de S. Etienne d'Obazine*, Clermond-Ferrand 1970, p. 188.

<sup>78</sup> Véase *Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica da S. Pietro ai nostri giorni*, Venecia 1840-1879. TT. 23 y 62. El reglamento de los “scopatori segreti di Sua Santità” fue renovado el 8 de agosto de 1927.

<sup>79</sup> *Distinctiones dictionum theologicalium*, PL 210, 937.

<sup>80</sup> “Al Zen le gusta el barrido”, dice por ejemplo un antiguo proverbio citado por L. Frederi. *Au Japon à l'époque des Samourai*, 1185-1603; Paris, 1968, p. 217.

*granata*. La escoba sigue siendo aquí el símbolo de la humildad, del arrepentimiento y de la pureza:

Sei l'umile ancella, ma regni  
Su l'umile casa pulita.  
Minacci, rimproveri; insegni  
Ch'è bella, se pura, la vita<sup>81</sup>.

Por fin, en nuestro tiempo, Martín de Porres, mulato de América del Sur canonizado no hace mucho, es representado con una escoba, cuyo uso perseverante contribuyó en gran manera a su santificación, hasta el punto de que se le llamó “Fray Escoba”<sup>82</sup>. En las estampas que en su honor se distribuyen en el Perú, se lo representa con la escoba en la mano, tal como la tuvo en la tierra: pero también la tiene en la mano en su gloria, donde los ángeles lo rodean: gracias a él, por lo menos en la iconografía, ha entrado la escoba en el cielo.

*Clervaux*

---

<sup>81</sup> *Canti di Castelvecchio*, en *Poesie di Giovanni Pascoli*, IV, Bologna, 1924. p. 40-43.  
N. Trad.

Eres la humilde servidora, pero reinas  
en la casa humilde y aseada;  
amenaza, reprende; enseña  
que es hermosa –si pura– la vida.

<sup>82</sup> Tal es el título de una película que, en 1961, narraba su vida y cuyas estampas han sido reproducidas por J. G. HERRANZ, *Fray Escoba*, Palencia, 1962.